

REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 30 de julio de 1875.

Núm.º 14.

ESTUDIOS

ACERCA

de los establecimientos penales en España.

Penetrad á vuestra vez en esos recintos que no reúnen ni las condiciones indispensables de seguridad ni las no ménos precisas de salubridad: tened valor para abarcar con vuestros ojos esos cuadros sombríos que tanto impresionarán vuestro espíritu; ved esos centenares de desgraciados como *vegetan* en la negra atmósfera de esas localidades, atmósfera que rasgan imprecaciones vagas é indefinidas, respiraciones hondas como quejas mal vocalizadas, y el estridente y monótono rumor de las cadenas: ved ese hacinamiento de séres que se disputan un rayo de sol en los patios, tendiéndose perezosamente sobre sus losas: ved esas miradas, ya elevándose melancólicas hácia las nubes que vagan errantes sobre su cabeza, y que parecen traerles mil y mil recuerdos domésticos, ya descendiendo fieras y terribles al impulso de las conmociones sin nombre que aniquilan su organismo: en una palabra, comprended toda la significacion moral tan dolorosa de esas existencias petrificadas, de esos cuerpos galvanizados por los últimos esfuerzos del espíritu de conservación, en su lucha palpitante entre el presente horrible y el pasado deslumbrador; y si sois verdaderos hombres humanitarios, en un arranque de vuestra filantropía, vosotros concebireis en aquellos instantes, intelectualmente hablando, un rayo de luz consoladora que caiga sobre sus caldeadas almas como las gotas de un rocío refrigerante; vosotros concebireis una idea que mejore ese presente uniforme y rudo para prepararles otro porvenir ménos cruel que el de una muerte cercana.

Entónces vereis que solo las iniciaciones de la fé pueden regenerar aquellas almas entregadas á los recursos desesperados de un horizonte que las fatiga: vereis que en aquellos espíritus perdidos, no obstante su atonía social, aun se pueden sembrar las beneficiosas semillas del amor á Dios, fuente inmaculada de todos los amo-

res; del amor al trabajo, vida de la sociedad; del amor al prógimo, su eslabonamiento fraternal.

Y una vez que vigorice aquellas organizaciones estenuadas por la inercia y el abandono, esa tríple sávia condicional del individuo para ser útil á las sociedades de todos los países, y una vez que adquiriera una educacion penitenciaria, calcada en esos tres principios generadores á que sólo nuestra inteligencia alcanza,—aquellos séres degradados saldrán regenerados de su tumba, evocados á otra vida rica de luz y de amor, antítesis de la vida tenebrosa en que tropezaron y cayeron.

En 1844 se comprendió esta necesidad social en toda su grandeza moralizadora y utilitaria; y al grito reparador de: *la sociedad castiga mejorando*, se introdujeron las prácticas religiosas en los establecimientos penales; resonaron en ellos los mil y un ecos elocuentes, las mil y una armonías del trabajo, y la educacion presidiaria tomó forma y color con el objeto de que aquellos desgraciados comprendieran lo que se deben á sí mismo y á sus semejantes.

Los que no tenían sino ideas falsas de la Divinidad, las adquirieron puras y sanas, sintiendo su consoladora influencia en medio de sus penalidades.

Los que nunca habían sido sino braceros, vagos y criaturas dominadas por la ociosidad, motora de todos los vicios más detestables, aprendieron un oficio con que poder ser útiles un día á sí mismo y á la sociedad, y cuya elaboracion material absorbía sus facultades intelectuales de modo que no se reflejarán en ellas imágenes perniciosas.

Y por último, los que jamás habían respetado para que los respetaran, ni reconocieran superioridad alguna, ni sintieran los goces inefables de la vida pacífica y laboriosa, empezaron por respetarlo todo, reconociendo desde la superioridad del maestro que les enseñaba, hasta la del cielo, y todas las inducciones de *lo que no quieras para tí no lo quieras para otros*, barrera moral que opuso el Evangelio para contener á los individuos en sus desbordamientos irracionales.

Entónces los pre idios eran penitencia-

rías, en la acepción más filosófica del término. Los cuadros que presentaban, ricos de uncion religiosa, de movimiento fabril é industrial, y de educación moral, eran caracteres determinados que evidenciaban la sublime teoría de: *la sociedad castiga mejorando*.

Bajo el punto de vista económico el movimiento colectivo de los talleres no podía ser más lisonjero: había penitenciaría que rendía de productos al Estado de treinta á cuarenta mil reales mensuales; lo que hacía esperar que en el transcurso de pocos años, aquellos establecimientos no llegarían á gravar en nada los presupuestos de la nación.—Y á la vez que el gobierno percibía una utilidad positiva de los talleres tanto mayor cuanto mayor fuere su incremento y prosperidad, el penado se utilizaba de su trabajo, cuyo plus se dividía en dos partes, mitad para el Estado y la otra mitad para él, subdividiéndose esta última en dos porciones, una de las cuales recibía en mano y la otra ingresaba en el fondo de ahorros (1), anotándose detalladamente en su libreta particular, cuya cantidad obtenía con su licencia al extinguir el tiempo de la condena.

Pero hé aquí que, sin llegar esa idea utilitaria á su completo desarrollo práctico, la voz de *la industria libre* resuena hasta en el parlamento; la necesidad de hacer justicia á las sentidas quejas de *los contribuyentes*, paraliza el movimiento progresivo de los talleres de las penitenciarías, y estas verdaderas *casas de corrección* degeneran en cárceles, donde no hay más que *hombres detenidos*, ó más bien encerrados en una tumba y sumidos en una noche eterna.

Y ¿era legítima y justa la exigencia de *la industria libre*?

Hé ahí una cuestión que se inició en la prensa, pero sin llegar á controvertirse.

Nosotros, desde luego la hemos admitido como legítima y justa; pues hemos encontrado para ello razones de alta apreciación administrativa; las consignaremos con la concisión que exigen estos estudios.

Parte de las contribuciones con que se

cubren las cargas del Estado, provienen de la industria nacional; de estas contribuciones, salía el sostenimiento de las penitenciarías; las penitenciarías espendían sus manufacturas á un precio mucho más bajo que la industria libre, por que la mano de obra en aquellas suponía un plus muy módico, y, por un principio incuestionable de administración política *mal podía obligarse al industrial á sostener con el sudor de su frente á unos competidores tan formidables*.

A las exigencias razonables de *la industria libre*, aquellos consoladores cuadros de magnificencia moral que presentaban las penitenciarías, se cargaron de tintas más sombrías; y el marasmo sucedió á la actividad, la noche al día, la muerte á la vida.—El abandono con toda su horrosa pompa de tinieblas y depravación cubrió aquellas localidades como un crespon fúnebre; y tan sólo algunos que otros destellos opacos como los últimos resplandores de una luz brillan como fosforescencias indeterminadas entre los espesos pliegues de ese lóbrego crespon. Esos destellos, esas débiles señales de algún movimiento industrial en los establecimientos penales, son los pocos talleres que han quedado de manufacturas que no puedan perjudicar á *la industria libre*, por carecer de ellas las poblaciones donde se hallan.

En este estado de tan afrentosa inercia, los vicios se multiplican ahogando los buenos sentimientos que puedan brotar aun en aquellas almas criminales; la ignorancia se cierne sobre aquellos techos infestados;—la lepra del crimen se estiende rápidamente y se aumenta de una manera dolorosa en aque los corazones endurecidos que no hallan jamás una mano que los levante del lodo en que se arrastran; y como para completar una perspectiva moral tan desconsoladora el mónstruo del ágio levanta su hedionda cabeza, y en aquellos lugares donde la sociedad castiga las maldades, se hace sentir en toda la fuerza de su poder desmoralizador y repugnante.

No queremos, sin embargo, recargar este cuadro con la relación de esos mil horribles misterios que parecen hoy el patrimonio esclusivo de nuestras olvidadas penitenciarías.—Esos seres depravados en la sociedad, continúan en una depravación progresiva en sus oscuros é infectos dormitorios... Ni sus almas se purifican, ni sus pa-

(1) Y ya que este fondo nombramos, no podemos ménos de encarecer las ventajas de la circular de la Dirección general del ramo, fecha 6 de noviembre del año próximo pasado, disponiendo que por las mayorías de los presidios se depositen en las cajas de depósitos de las capitales de provincia; pues se ha llegado á abusar tanto de estos fondos tan sagrados, que se distraían en reparaciones de edificios y otras atenciones más ó ménos importantes, sin esperar siquiera la aprobación de la misma Dirección como estaba prevenido.

siones se enfrenan, ni sus sentimientos se elevan... Son miserables organizaciones encerradas en un horizonte estrecho que las sofoca: son plantas que viven sin condiciones de vida, porque la vida no lo es sino cuando el sér cumple con todas las leyes de la naturaleza: son, en fin, desgraciados párias, á quienes se marca con un sello infamante, á quienes se lleva hoy como por la mano á su perdicion civil y moral.

Y ¿en ese estado de abyeccion tan lamentable han de continuar siempre nuestros establecimientos penales? ¿No surge acaso un pensamiento que, sin hostilizar los intereses respetables de la «industria libre,» haga que el Estado se utilice de los productos que puedan rendir esos 18 ó 20,000 hombres que alimenta y viste estérilmente para «vegetar» en ellos sin horizonte, y que la sociedad los salve del tenebroso abismo en que yacen sepultados por medio del «amor á Dios, del amor al trabajo y del amor al prógimo?»

Hé ahí el objeto que nos hemos propuesto en estos estudios de actualidad acerca de los establecimientos penitenciarios; y que vamos á demostrar con la desapasionada sinceridad de nuestras convicciones económico administrativas (1).

BENITO VICETTO.

Madrid, 1857.

LAS NUBES DE LA TARDE.

— «¿Qué son las blancas nubes que, al declinar la tarde por el espacio tienden sus mágicos cendales?

En su pausado vuelo mis ojos se complacen, al destacarse puras en el azul celage.

¿Por qué, madre, conmueben mi corazon amante?

¿Qué misterios encierran?

¿Qué son las nubes, madre?»

— «Las nubes, hija mía, que al declinar la tarde, extienden por el cielo el delicado encage, esas hermosas nubes del sueño son los ángeles que Dios en su clemencia envia á los mortales.

Y en vaporosas tules pudorosas velándose custodian nuestro sueño con su mirada amante.

Ellas pureza y calma á nuestro pecho traen y á nuestra mente inspiran ideas celestiales.»

— «Oh! bien venidas sean con sus crespones, madre; ¡qué hermosas son las nubes,, las nubes de la tarde!

NARCISA PEREZ DE BOADO.

Coruña—1875.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LOS VILLANOS DE ALLARIZ.

(Continuacion.)

IV.

El noble y el villano.

A la mañana del siguiente dia, el muy alto y poderoso señor D. Juan de Pimentel, conde de Allariz, recibió un correo de su hermano don Rodrigo de Pimentel, conde de Benavente.

Sucesos de alta gravedad debia contener el pliego, porque al recibirlo el conde de Allariz mandó llamar inmediatamente á su merino mayor don Nuño Gonzalez de Puga.

El merino mayor se presentó en la cámara del conde pálido, insomne y con un brazo en cabestrillo.

El conde no paró mientes en esta circunstancia.

Grandes asuntos debian tratarse, para pasar él por alto aquella palidez extrema y aquel brazo lastimado de su merino mayor.

—Nuño, mi buen Nuño, dijo el gran señor: mi hermano me ha enviado un correo con proposiciones que no vacilo un momento en admitir. Ya sabes que desde la muerte del señor rey don Enrique IV, España se ha dividido en dos grandes parcialidades. La una proclamó á la infanta doña Isabel por heredera del trono de Castilla: la otra á la Beltraneja. A la cabeza de la primera parcialidad figuran la mayor parte de los grandes del reino; pero á la cabeza de la segunda figura el rey de Portugal y los demás ricos-homes.

Como quiera que hayan trascurrido algunos años, y que la cuestion, si bien ofrece probabilidades de triunfo para una parcialidad, las ofrece igualmente para la otra, mi hermano y yo hemos ido atemperándonos á las circunstancias, esto es, inclinándonos hácia el lado que más se inclinaba el platillo en la balanza de los destinos de la nacion. Esto nos ha hecho y nos hace pasar por duras y terribles pruebas: con objeto de evitarlas y adoptar una resolucion que concilie nuestros intereses particulares con los intereses generales del Estado, mi hermano me propone seguir una política que, repito, no vacilo en adoptar desde luego. Se reduce este plan que vamos á seguir á que él se afilie en

(1) Dejamos á un lado otras cuestiones más secundarias de administración interior de los presidios, abusos deplorables, y fórmulas discrecionales sobre el régimen local, que más bien que al público pertenecen á la Dirección general del ramo.

el bando de la infanta doña Isabel, y yo en el del rey de Portugal, y aquel, cuyo partido venciese, pondrá en gracia del vencedor al hermano rebelde (1).

—Es decir, dijo el montero mayor, que vos os declarais en favor de la Beltraneja.

—Desde ahora mismo; y tanto, que hoy saldré para Braga, con mis gentes de armas, para que el rey de Portugal me vea brillar en la contienda.

—¿Y el país, señor?

—¿Qué país?

—El nuestro, Galicia...

—Galicia... ¿qué?

—Galicia, señor, como sabeis está devorada par las hordas revolucionarias del mariscal Pardo de Cela y del conde de Caminha: hordas que, sublevadas bajo la presión de un principio dinástico, como era el de proclamar á la Beltraneja, degeneran en verdaderas hordas de foragidos, sin más principio político que «abajo la nobleza y el clero.»

—Y bien... ¿qué?...

—¡Y qué!... que esas hordas de hermanos de Galicia que han arrojado fuera de Santiago al arzobispo don Rodrigo de Luna, arrastraron á la condesa de Ribadavia, arrojaron al pozo Maimon al obispo de Orense, y...

—Pero, ¿qué? ¿qué...

—Que esas hordas de hermandinos pueden venir sobre Allariz, y...

—Contra ellas te dejo este castillo intomable, cuarenta hombres de armas para defender á la condesa, y tu tacto...

—El castillo... cuarenta hombres... mi tacto... ¡ah señor! poco me dejais para defender á la condesa. No sabeis lo que son los hermandinos... sin ir más lejos, mirad, señor, lo que me hicieron dos de esos villanos ayer noche, á traicion...

Y el merino mostró su brazo izquierdo en cahestrillo, y su espada rota.

—¡Cómo! exclamó el gran señor, osarian provocarnos al pié de nuestra fortaleza!

—Ya veis: el que ultraja al criado, ultraja al señor!

—¡Oh! ¡el nombre! ¡el nombre pronto de esos villanos, que haré con ellos un castigo que sirva de ejemplo para que no quebranten sus cadenas!

—Señor... verdaderamente uno sólo es el que tiene la culpa...

—¡Su nombre...! ¡su nombre, vive Cristo!

—Señor, dejadme a mi su castigo, como regidor de la villa...

—¡Antes que el regidor, está el conde, está el conde soberano!

El merino se inclinó respetuosamente.

—¡Yo haré con él una que sea sonada! prorumpió el gran señor. ¡Cómo! ¡sin más ni más atreverse contra tí!...

—Dispensadme, señor; alguna razon tenia...

—¡Cómo!...

—Oidme con calma: os lo suplico. Bien sabeis que amo á Ailiena, la hija del carpintero Juan Alonso Baselo...

El conde se encogió de hombros, como si no comprendiera lo que queria decir amar, ó no tu-

viera significacion esto en la balanza de su sentimiento de biena.

El merino continuó:

—Ayer, deseoso de casarme con ella, que sé que lo va á hacer mañana con Alonso de Paredes, la hablé al oscurecer, manifestándole mi sentir. Ella, enamorada de mi rival, me despreció. Yo osé amenazarla, y al hacerlo no advertí que Alonso de Paredes, que acababa de llegar junto á nosotros, levantaba un garrote para mí...

—¡Traidor! gritó el conde.

—Al fin villano, señor.

Hubo un momento de silencio.

El conde se hallaba sentado en su cadira de honor, y apretaba los puños de coraje.

El merino se hallaba de pié, con la cabeza inclinada hipócrita y servilmente.

La escena tenia todo el colorido de la época.

Era la cámara del conde suntuosa. Grandes retratos de familia, unos con la armadura de los condes del siglo IX, y otros con las del siglo XII, y todos con aquella gravedad señorial que imprimian los pintores del siglo XV, parecian desprenderse de sus marcos y venir hácia el fondo de la cámara prontos á desnudar la espada en honor de la soberanía feudal que conquistaran. Además, entre retrato y retrato pendian varias armaduras de caballero, trompas de guerra y banderas cristianas y morunas.

—Nuño, dijo el conde interrumpiendo el silencio, ántes de marchar, yo arreglaré eso... Retirate, y que venga Fiz de Oroa.

El merino se retiró, y entró Fiz de Oroa.

Fiz de Oroa era un arquero de estatura colosal y de unas fuerzas hercúleas, que el conde llevaba siempre consigo como un perro, fuera á una cacería, fuera á una batalla.

Cuando lo vió el conde le ordenó que condujese á su presencia, en el acto, al villano Alonso de Paredes.

Fiz, el sabueso de dos piés, pronto regresó á la cámara con su presa.

Alonso de Paredes se presentó en escena indefenso, sólo, con la montera en la mano, pero con una altivez y un desenfado que sorprendió al tirano de Allariz.

El noble y el villano quedaron solos.

—¿Cómo, dijo el conde, no me saluda un villano cuando entra en mi cámara? ¿Cómo no me da si quiera los buenos dias...? ¡De rodillas, canalla, á mi presencia!

Y acentuó su mandato con una fuerte pisada que hizo retemblar el pavimento.

—Señor, contestó Alonso de Paredes con calma, la rodilla no se rinde en el suelo sino á Dios, la montera al señor del estado en que uno vive.

—¡Villano!

Alonso de Paredes se encogió de hombros.

—¡Deslenguado!

Alonso de Paredes levantó los ojos al cielo.

—¡Miserable!

Alonso de Paredes contestó entónces:

—Si yo y mis hermanos no trabajásemos tanto en los campos, no seriais el rico, el poderoso...

—¡Vaya una lógica! exclamó el señor feudal buscando su látigo alrededor de sí.

(1) Palabras de los manuscritos antiguos que sirven para la redaccion de nuestra historia.

Pero el látigo estaba debajo del sillor, y por más que lo buscaba el conde no daba con él.

Disgustado don Juan, se encaró resueltamente al villano echándole las manos á la cara.

Alonso de Paredes retrocedió, y sacó un puñal.

El conde retrocedió á su vez, espantado de tanta audacia.

—Si os acercáis á mi, señor, le dijo Alonso de Paredes, en nombre de Dios, os atravieso de parte á parte.

Y su voz era firme, y su ademán resuelto.

El conde quiso hacerse cruces: en su vida había visto tanta audacia en un villano.

—¡Ob, vive Cristo! exclamó, con que ayer has roto un brazo á mi merino mayor, y hoy, intentas atravesarme á mi de parte á parte... ¡Esto es inaudito! ¡Esto está pidiendo la horca...!

Alonso de Paredes se cruzó de brazos con indiferencia.

El conde quiso llamar á sus arqueros para que maniatasen á Alonso de Paredes; pero de repente le asaltó la idea de que no eran aquellas circunstancias las más á propósito para ahorcar á un hombre querido en su villa, porque esto podría concitar los ánimos contra el castillo en el momento en que él lo iba á abandonar.

Hay también otra circunstancia notable en la vida de los hombres desalmados, y es la de que cuando muy rara vez encuentran en su camino otro de un temple de alma á toda prueba, su espíritu parece reconcentrarse en un rayo de piedad ó de simpatía que muy difícilmente manifiestan con el humilde.

Fuese por lo primero, ó porque al conde no le conviniese decapitar á aquel villano, que al buscar él un látigo desnudaba un puñal, su voz, su aspecto y su acción parecieron doblarse repentinamente ante la actitud hostil de Alonso de Paredes.

—Vamos, le dijo, veo que eres hombre de bríos, y á mi me gustan esos hombres. Lo de menos sería mandarte colgar ahora mismo de una almena, pero yo necesito hoy de que mozos de tu temple de alma se adhieran enteramente á mi persona.

—Gracias... tartamudeó Alonso de Paredes socarronamente.

—Quiero que seamos amigos, prosiguió el gran señor, y al efecto, tu renunciarás por tu parte á una cosa, y yo en cambio te recompensaré con un caballo y mil maravedis, y vendrás á ser cabo de mis hombres de armas.

Alonso de Paredes clavó los ojos, como dos rayos, en el semblante del conde.

El conde continuó:

—Desde hoy renunciarás á casarte con Ailiena, porque quiero que Ailiena se case con mi merino mayor.

—¡Qué renuncie á Ailiena! exclamó Alonso de Paredes con energía, primero renunciaría la vida, porque la vida sin ella de nada me serviría!

—¡Cómo! ¡vuelves un á oponerte á mis insinuaciones!

Alonso de Paredes contestó con una mirada de desprecio al gran señor, y se cruzó los brazos con indiferencia.

Al ver su actitud, al ver su aplomo, no se di-

ria sino que aquel hombre al presentarse así en la cámara del conde, dejaba en pos de sí, en la villa, cien ó mil labradores prontos á vengar el menor ultraje que se le hiciera.

El conde no pudo resistir más aquella entereza, y se asomó á una ventana para llamar á sus arqueros con objeto de que le colgaran en un torreón.

¡Rara casualidad! La condesa subía en aquel momento del patio de honor, y al verla, el conde pareció sufrir un cambio de ideas opuesto, pues una graciosa sonrisa animó sus lívidas facciones.

—¡Condesa! .. ¡condesa!... gritó, venid... venid y vereis una cosa singular.

Doña Leonor de Guzman entró en la cámara.

—Mirad, dijo el conde con una jovialidad temible; hé ahí un hombre que le propongo que deje de amar á una jóven con quien va á casarse mañana, y que en cambio lo haré cabo de mis arqueros... ¡y no quiere!

—Pues eso, conde, nada tiene de extraño, contestó doña Leonor. Señal que este jóven la ama como debe.

—Ya... ya... pero es que yo quería hacer gracia de esa bella presa á nuestro merino mayor, que está enamorado de ella.

—¡Qué presa...! balbuceó la condesa.

—Toma... qué presa ha de ser... ¡Ailiena!

—¿Y quién es Ailiena, conde?

—La hija de Maese Juan el carpintero, la niña más linda de nuestra muy amada villa de Allariz.

—¡Dios mío! exclamó la condesa.

Y sintiendo que se desmayaba con el golpe que recibía, tuvo que apoyarse en un sitial.

—¡Cómo! ¡os poneis mala...! gritó el conde corriendo á sostenerla.

Pero ántes la había amparado Alonso de Paredes, y doña Leonor hizo un gran esfuerzo para dominar la impresión que la aterraba.

—No es nada... no es nada... balbuceó, es que necesito reposo por el gran paseo que he dado á caballo.

—En ese caso, yo os acompañaré hasta vuestra cámara.

Y el conde acompañó á la condesa.

Alonso de Paredes, al verse sólo, buscó á buen paso la puerta del castillo.

Cuando el conde regresó á su cámara y no lo encontró en ella, juró y juró como un soldado, por que le habían dejado huir.

En seguida quiso dar órdenes para que lo prendieran y lo ahorcaran, pero se contentó con llamar al merino mayor y decirle, que ya que él era el agraviado y quedaba en posesión de la villa y del castillo durante su ausencia, que hiciese de aquel villano lo que más le placiese.

El merino le prometió que haría un castigo ejemplar con él: y pocos momentos después el conde de Allariz, seguido de sus gentes, salía camino de Portugal, engolfado en el giro funesto que iban tomando los acontecimientos políticos.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

LA HISTORIA.

I.

Espejo del pasado, trae á la mente mia
recuerdos esplendentes de gloria y de valor;
adornan mis cantares de ardiente melodía,
sinpira de mi arpa la dúhida cancion.

Yo miro alzarse un mundo magnifico, grandioso
tus páginas leyendo con férvida ansiedad,
y abísmase mi mente, y corre presuroso
mi pensamiento errante hácia la eternidad.

Las guerras, las batallas, las justas amorosas,
de la naval pelea el estridor sin fin
veo, y las invenciones sublimes, prodigiosas,
y suena en mis oídos el eco del clarín.

De Píndara y Homero las épicas canciones
escucho entusiasmado do quiera resonar,
y las pisadas hondas de las cien mil legiones
romanos que los mundos ansiaron cautivar.

Húndese de Sesóstris el sin igual imperio,
levántase Alejandro del polvo del no ser
á hacer del mundo todo un vasto cementerio
do su legion magnífica inerte fué caer.

De César la pujanza y de Neron la orgía,
el génio de Virgilio, de Fidias el buril,
la religion de Cristo, el llanto de María,
y la arrogancia fiera del castellano Cid.

Y Séneca, y Lucano, y Munuza y Rodrigo,
Pelayo, el Dante, Milton, Cervantes, Calderon,
todo á mis ojos pasa, y yo su giro sigo,
y veo, y toco, y siento tan ruda confusion.

II.

¡La historia!... cual los astros que brillan en el
tu rumbo prosiguiendo en órbita glacial, (cielo,
asi la historia corre la eternidad en su vuelo,
asi los hechos pasan en su óptico cristal.

¡Oh! la historia engrandece el corazon pequeño;
la historia nos demuestra que un sueño es el placer,
el oro, las conquistas y la opulencia sueño,
y sólo eterno brilla el lauro del saber.

Ella descubre rápida á la futura hombres
las huellas que en pos deja la errante humanidad:
de héroes y poetas los envidiados nombres
la mente embebecida contempla allí brillar...

Tambien yo aspiro loco con férvido deseo
á que mi nombre vea otra generacion...
¿Me engañaré? ¿Es acaso un sueño, un devaneo
el lauro de la gloria que ansía el corazon?

REGISMUNDO GARCÍA.

Ferrol, 1869.

GALICIA PINTORESCA.

MONASTERIO DE MONFERO.

III.

A la parte meridional del atrio va á formar ángulo con el templo, la porteria del monasterio, la cual es de más antigua arquitectura que la del renacimiento á que pertenece la iglesia cuya cruz no hemos valuado en el anterior artículo, pero tendrá unas treinta y ocho varas. La porteria corresponde al orden gótico y es alta y clara, sostenida la bóveda por arcos ligeros que arrancando de ménsulas en los muros, van á enlazarse á cinco florones en lo alto.

Pasada la porteria se ve lo que ha sido en otro tiempo cuarto del Cura, despues la panera, cuarto del despensero y la cocina contigua al refectorio que es obra del siglo XVI y tiene debajo la habitacion del hortelano y luego la despensa del aceite. De casi todos estos departamentos apénas hay más que paredes al aire, pues hasta las vigas desaparecieron, habiendo únicamente quedado de muchas los extremos encajados en los muros al haberlas aserrado por allí los que durante la noche han ido á sustraerlas.

Por indicacion de personas del país, contemporáneas de los monges, fué como pudimos alcanzar á conocer ya lo que habia sido capitulo, carpintería, dormitorios y celdas, entre las que se nos hizo fijar la atencion en una reservada para un personage de la orden ó un prelado que viniese á hospedarse en esta soledad. Allí se divisaban aún los restos del oratorio para el mismo, sombreados ya por la frondosidad de los sauces, como si aquel parage, lo mismo que todo el monasterio, se hubiese convertido ya en un silencioso y olvidado sepulcro.

Ya no pudimos ascender á los corredores altos donde se abrian las puertas para la mansion, estudio y recogimiento de sesenta monges, que solia ser la dotacion ordinaria de la casa; pero nos señalaron el lugar del archivo y de la biblioteca, cuyo techo artesonado se conserva todavia y donde se habian reunido las más preciosas y raras obras del entendimiento humano y los manuscritos quizá más numerosos é importantes que toda Galicia podia reunir en sus bibliotecas. Un monge sabio, hijo de este monasterio, que habia recorrido la Europa, fué quien al parecer enriqueció la biblioteca monferina, habiendo remitido por carros los volúmenes y escritos, escritos y volúmenes de que se apoderó la ciega ignorancia al tiempo de la extincion de los religiosos, pasando á manos de los coheteros y cazadores de que abunda esta montaña y entregados á la pólvora y al fuego. Parece imposible que tal se hubiese permitido en España en este siglo tan cacareado de ilustracion y de progresos. Los siglos venideros quedan encargados de hacer una justa rebaja en la apreciacion de nuestros adelantos y de laurear ó vituperar la memoria de los que diciéndose hijos de la luz y amantísimos de la sabiduría, manejando la cosa pública, tal indiferencia mostraron ante un espectáculo tan ignominioso y degradante para la historia de la civilizacion y las letras españolas.

Varios claustros servian á la comodidad, ornato y desahogo de la casa. El primero todavia consta

de veinte columnas en el primer cuerpo y sostienen veinte arcos á cinco por lado. Es del orden jónico ó parecido á él. Crúzanse los bordes superiores ó filetes de la arquivolta de cada dos arcos poco arriba del punto de arranque y en lo alto, perpendicularmente al dicho cruzamiento, se rompe en el muro una ventana circular para el aumento de luz y ligereza. El segundo cuerpo tiene doble número de columnas ó sea cuarenta y del centro mismo de las volutas arranca una caprichosa curva que va á bordear la cornisa: recorre un antepecho todo el cuadro y se abren las ventanas del corredor en los intermedios de las referidas columnas.

Se reconoce despues un segundo claustro nuevamente empezado y consta de dos cuerpos de pilastras el inferior y superior que elevan diez y seis arcos en el primero y otros tantos en el segundo, cuatro por lado, con ventanas y maineles en el superior y con inscripcion en la cornisa del mismo.

La *claustra antigua*, ó sea el claustro tercero, es muy digno de atencion por sus bóvedas hermosas y arcos que de una y otra pared suben de cada cuatro ménsulas graciosas y esriadas y van á cruzarse en lo alto y á formar cuatro lazos en cuyos extremos y centro sobresalen cinco florones, todo al estilo gótico, á cuyo orden pertenece esta hermosa porcion de arquitectura. Tendrá como unas cuarenta y cuatro varas por lado y cinco luces de unas anaerónicas ventanas, paralelográmicas y elípticas á cada uno, cerrada la claustra de este modo conforme á la inscripcion allí puesta, año de 1755, con lo que se le dió un caracter más moderno, aunque en lo principal bien se deja ver que es obra del siglo XV ó poco más.

Las vidrieras de colores de esta claustra son ahora los jazmines, que llega á tal su profusion y enredamiento en este parage, que velan y sombrean el edificio hasta darle un aspecto de gruta en algunos puntos y en otros el de agosto y oriental cenador embalsamado por las blancas y diminutas flores del jazmin, cuyas ramas, pobladas de tales flores se cimbrean á las puertas y ventanas; al impulso de las suaves auras de la mañana, miéntras que los rayos del sol atraviesan los ramos formando pequeños círculos de movimiento en el pavimento de la claustra y transparentan el verde y delicado color de aquellas menudas hojas, bañando con su media tinta los semblantes y las paredes y bóvedas del interior.

De esta claustra, subiendo por tres escalones, podia pasarse, aún aquel dia á la escalera principal donde miramos gustosos una pieza de arranque con bóveda gótica tambien, con arcos que subiendo de ménsulas á los cuatro ángulos partian á cruzarse arriba en cinco florones.

Habia comunicacion igualmente de la claustra al refectorio, con inscripcion del año 1611 en que fué hecha ó reformada la puerta. Subiendo siete escalones podia tambien pasarse de la claustra, á la magnífica obra del templo actual.

Despues de los claustros indicados pasamos al jardin, convertido ahora en triste erial. En una piedra caída de las ruinas, vimos en grandes caracteres esta fecha: año de 1768. Es como de cuarenta y ocho varas por lado el cuadrado del jardin, en cuyo centro cubierto en la actualidad por la zarzamora, existió una gran mesa redonda de piedra con asien-

to al rededor y un emparrado que á todo sombreaba.

Fuimos despues á la huerta cultivada en el dia sin esmero por un pobre gañan y lo que más atrajo allí nuestra mirada, fueron las ruinas del taller y fraguas de Fr. Santiago *el Artista*, que caian á este lugar, es decir á la parte meridional del monasterio ante cuya fachada se extendia la huerta, cuyos frutos han desaparecido, sólo algunas yerbas que se han vuelto bravias no abandonan todavía leales la tierra en que los monges supieron con su cultivo arrancarlas un dia de la más humilde condicion.

De la huerta pasamos á la fuente que conserva un camafeo por ornato, manando en un pilon agua abundante y cristalina, y luego una mesa próxima, asientos, un estanque y, por quitasol, un castaño de extendidos brazos con su follage de grandes, obaladas y transparentes hojas que las pajizas candelas embellecen por julio: todo ello, al vendabal.

Allí cerca se alzaba tambien los restos de lo que fué molino y horno de los monges.

En una soledad cual ésta y en presencia de tan elocuentes ruinas, la contemplacion acude aún sobre el ménos reflexivo. Cada uno de los que allí asistíamos contemplaba silencioso. La contemplacion es á veces un tesoro, mejor estimado cuanto ménos descubierto. Por eso nos retirábamos de allí sin apenas comunicarnos nuestras últimas impresiones, dirigiéndonos al monte de San Fis, desde donde aún se descubre el monasterio, y siguiendo el curso del agua de su fuente, un pobre lugarecillo de pocas casas sin recebo, negras y ciegas, donde vivian un tiempo los criados del monasterio y ahora sus descendientes que sólo conocen haber variado de señor sin mejorar de fortuna. Unos pocos árboles amenizan algun tanto la escondida aldea.

En lo alto del monte de S. Fis se levantaba el rollo en los dias de señorío del monasterio, en aquellos dias en que la dificultad de comunicaciones y especiales motivos exigian la division de autoridad y la continuacion del antiguo derecho. En el sitio del rollo dominando aquellas respetables ruinas, no puede uno ménos que detenerse y recordar desde allí el origen del monasterio segun nos le revela el P. Argai en su «Soledad laureada». Dice haber sido su fundacion para monges benedictinos despues del año 1112 y la ocasion fué la siguiente: Dos hermanos poderosos llamados Fruelas Bermudez y Suerro Bermudez mataron á puñaladas al mayordomo de la Reina Doña Urraca. El príncipe D. Alfonso, hijo de esta Reina, que luego se llamó Séptimo en el nombre y Emperador en la autoridad, confiscó á los homicidas toda su hacienda y de esos bienes edificó el monasterio. Sucedió esto segun el historiador Gil Gonzalez Dávila, el año 1114. Hasta 1120 no entraron monges blancos en España y cree que los de Monfero mudaron ya el hábito ántes de morir el Emperador D. Alfonso. Acrecentóse mucho el monasterio con la voluntaria renunciacion que hizo del mundo un hermano de los matadores, Alfonso Bermudez que con un sobrino suyo llamado Don Pedro Ossorio, se metió aquí monge, por cuyo respeto hizo Don Alfonso VII muchas mercedes al monasterio.

Hélo ahí despues de siete siglos y medio de existencia, próximo á su total ruina sin que el Ayuntamiento ni los dos establecimientos de instruccion pública que no tienen edificio aquí, se hayan utili-

zado de él: cuya consideracion sube de punto al observar que hasta por el alquiler que se quiera no hay edificios en toda la extension de la feligresia, que remotamente sirvan para semejantes objetos: hé aqui un dato más para calificar la época presente en el venidero siglo.

ANTONIO DE LA IGLESIA.

(Se continuará.)

EL ALMA DESTERRADA.

¿Por qué Señor, me diste la existencia,
si habia de emplearla en ofenderte?
¿por qué ántes que perdiera mi inocencia
no me entregaste al ángel de lo muerte?

Léjos de este destierro aborrecido,
léjos de estos abismos cenagosos,
por tu divina sombra protegido
seria el más feliz de los dichosos.

Y de Satán esclavo no sería,
que para colmo de cruel tormento
la negra imágen de la culpa mia
imprime en mi azorado pensamiento.

Y lloro, y lloraré, porque vencida
fué mi flaqueza tras de acerbos penas;
y lloro porque al alma el homicida
me arrastrá con durísimas cadenas.

Y lucho, y se enfurece, y me fascina
con falsos atractivos, y me venda
los ojos á la luz que me ilumina
del paraíso la florida senda.

Horrible angustia el corazón me oprime,
pensando de continuo cuán ingrato
correspondiera á tu bondad sublime,
menospreciando tu amoroso trato.

Porque tu amor me dió ley inefable
para contento y paz del alma mia,
mientras que en este mundo miserable
atravesára del dolor la via.

Y de toda inmundicia separado,
sin mancha conservando mi conciencia,
el mundanal viaje terminando,
dicha inmortal gozára en tu presencia.

Me pesa veces mil, Señor me pesa,
de haber tus santas leyes infringido
mas por tu amor divino que embelesa
que el castigo que tengo merecido.

¿Y me lo negarás, Padre clemente,
si al corazón inmundo purifica
de mis turbados ojos el torrente,
y del dolor el grito te suplica?

¿Y me lo negarás tu que á los muertos
has devuelto la vida tantas veces,
y con los brazos dulcemente abiertos
á mi letal angustia te me ofreces?

Espera, Padre mio, voy volando;
y quiero devolver al mundo rudo
lo que me ha dado con halago blando,
para entregarte el corazón desnudo.

Desnudo y pobre, y limpio de Inmun-
(dicia)
como lo anhela el tuyo immaculado,
santuario de amor y de justicia,
que dá espanto á la sombra del pecado.

JOSÉ MARIA POSADA.

Vigo, junio de 1875.

TIPOS POPULARES DE GALICIA.

EL CANTERO.

I.

No quiera Dios, lector mio amadísimo, que una dolencia te haga veranear, mal de tu grado, en la villa de *Caldas de Cunctis*. Si los percances, empero, de la carrera vital defraudan mi tan saludable deseo; si te condenan al remojo de tu humanidad en las caldas plebeyas, (y llámolas plebeyas no por su malísimo estado, sino por el de *Cunctis*, por ser destinadas á la clase de vasallos, así como las *Caldas de Reis* lo estaban á nuestros soberanos;) ó lo que á tí más te placirá y á mi me ha sucedido; si por visitar á algun deudo ó amigo bañista, te halláres en la villa de Cuntis, sea por tí ó por el prójimo, ante, entre todo, como buen cristiano, á demandar salud en el templo. Sorprenderáte sin duda el ver su altar mayor todo de granito; es que los soldados de Napoleon I, que debian asimilarse muy poco á los guerreros de San Luis, acometieron la heroicidad de reducir á cenizas el antiguo retablo de madera, que los hijos de Santa Maria, á evitar ulteriores incendios, reedificaron de piedra; es que te hallas en el país de los canteros. Soy muy modesto, amigo querido: y más que modesto, quizás ignorante, para entrometerme á trazar la historia del arte que, mas que sus baños, da á Cunctis celebridad. No: no diré si es antediluviana, ó si debemos creer que es un don de Dios, que, en remuneracion de haber los picapedreros de la parroquia realzado su sacro altar; quemado por la usurpacion, derramó sobre ellos mayor idoneidad que en los demás del gremio. Lo que me debes creer, y yo puedo jurarte, es que cuando el dicho altar se hizo de piedra, canteros habia ya.

Como quiera que sea cada país, cada pueblo, no suele aparecérsenos generalmente fecundo en especialidades? No, sino demandad bellezas femeninas á la Geórgia y á la Circasia y por de subido punto, poéticas que fueran las exigencias de vuestra fantasía, ámbos países os presentarán humanizada vuestra idealidad. Cómo, pues, la Italia es la madre de los grandes músicos y artistas, la Francia de indomables guerreros, la Inglaterra de marinos animosos, y la España de lindas mujeres, artistas célebres, sufridos valientes soldados, y denodados marineros;—séame permitido este noble orgullo de español, que, léjos de repeler, está enlazado con la verdad! —y encerrándonos dentro de ca-

sa, á la manera que Padron es notable por sus tejedores, lineros y empanadoras de lampreas; Rianjo por sus pescadores y ostreras; Noya por sus zapateros, («con perdon de la cara de V.» como ellos dicen); así Cunctis lo es doblemente por sus canteros.

Y no es, risueño lector, que la tierra los alumbró materialmente, ni cada uno de aquellos países sus entidades: sino que, atesorando, vinculando y transfiriendo la habilidad, la práctica, los arcanos profesionales de generacion á generacion, de familia á familia, de individuo á individuo, perpetúa su sobresaliente genialidad.—¿De dónde es V., cantero? pregunta uno, ó el arquitecto, en la admision de operarios, al fundamentar una fábrica.—Soy, señor, de Arca; —de Soutelo de Montes, señor; —señor, de Codesedo; —«*Cu-de-seda!*» repiten risueños é irónicos los ya admitidos, sin levantar los ojos de la piedra que están picando—ó de otro cualquier punto; y el interrogante queda frio, taciturno, indeciso.

—Soy de Cuntis, mi amo!! responde resuelto y confiado el candidato. ¡Ah! entonces ya es otra cosa! Un aire de confianza y satisfaccion se retrata, como la nave en un mar en bonanza; en el semblante del contratista, del dueño ó del maestro de obras que, frotándose las manos y anhelante, le marca sobre la marcha el punto de partida de sus operaciones. ¡Para cuando *coloque el ramo* le aguardo!

II.

Mas ¡no nos precipitemos! Para pintar al cantero, comienzo por afilar el lápiz y perfilar. Para llegar á serlo; antes aparece de aprendiz. Sin duda, lector, que, abiertos así los cimientos de mi obra, te echarás á soñar en estudios preparatorios y prolegómenos, arquitectónicos. ¡Nada de eso! ¿Ves aquel mocete de quince á veinte ausencias paternas que, haciendo toscos pucheros y presintiendo que las caricias de madre y hermanas van á trocarse en rudos mojicones del hercúleo maestro, en deshuellos y descoyuntamientos, sale por primera vez al mundo industrial? ¿Ves la vara de medir, de que suspende al dorso su ropilla, un par de picos y de otro de zuecos sin estrenar? Esa vara es toda su matemática. Grandes hombres han legado á la posteridad páginas bellísimas, al pintarnos lo perdurable de las afecciones de la pátria; por mi parte sujetando mi corazón, que tantos y tantos latidos lleva consagrados á la ingrata, he paladeado, sazónada con lágrimas bien amargas, la verdad que rebosa en sus descripciones; pero contemplo al aprendiz del cantero y... dudo ¡oh! sí; dudo. El cantero respira el aire de mundo. A una legua de distancia del lugar ha declarado cesantes á las afecciones familiares desde la apertura del boton primaveral, hasta la caída de la hoja al soplo del bórreo invernal, que lo arrojará cabe á los tizones del hogar doméstico á pesar de sus opuestos es-

fuerzos. ¿Qué ha de hacer, si los días de invierno son tan cortos como extensa es la codicia de los empresarios y dueños de edificios de planta, y las lluvias tan importunas y despiadadas para con el jornal, como exigente y agarrado el pagano de nuestros héroes á campo raso?

A una legua de distancia del lugar, nuestro cantero en ciernes, ahoga también las impresiones de su primera despedida en el vaso de vino con que la cuadrilla de veteranos trata de fortificarlo para el viaje é inauguración de la primera campaña. ¡El mundo siempre el mismo, aún en sus escenas más exiguas y con sus más humildes personajes! Vino y agasajos hoy al recluta; mañana fatigas y servidumbre. ¡En eso piensa él! Cálase sobre la ceja derecha su sombrero de lana virgen á manera de hongo, arréglese la cinta encarnada del cuello de la camisa y del escapulario, prenda mista de lujo y devoción: desempólvase y enrolla sobre el hombro su chaqueta de tarazona, que sirve de mullido á su carga; se remanga sus pantaloncillos de algodón á rayas, con tantas creces como sus esperanzas, y las deposita en su porvenir en el serón, que cabalga sobre la regla y el bastón en tigrera á la espalda de su Mentor. Su discípulo le pisa los talones, contemplando á sus anchas el férreo escuadro, el nivel y las plantillas, que, cual instrumentos supernumerarios, se dedignan confundirse con los trebejos del estuche común á todo picadero, y revelan, ya al cantero profesor, al maestro de obras rurales.

A fuer de escrupuloso, no puedo permitirme el citar un estuche, sin someter á tu vista, leyente escudriñador, el objeto á que doy ese nombre. En este momento de alto, que la cuadrilla canteril ha hecho, formando su congreso sólo el laurel de la taberna, que interrumpe su jornada y pienso que el arte ha refluído toda la fuerza á los brazos, debilitando un tanto la de las piernas! Las espaldas se han aliviado sobre el muro, del peso de las alforjas y de ese cajón cuadrilongo que, sin reserva, ofrece á tu exámen nuestro artífice, depositándolo á tus plantas. Hé aquí el estuche. Levantemos las dos tapas, que, sujetas en el centro por unas correas claveteadas á guisa de goznes, caen á derecha é izquierda sobre los extremos; ó suspendámoslo, si más te place, por el asa compaginada con tirantes de cajas de azúcar, y entonces podemos deducir de su peso la habilidad del portador. Eslo solo de los instrumentos de actualidad. Cuando se ha adiestrado en su manejo con los agenos, entonces compra los suyos. Es bastante cauto para exponerse á ser defraudado por el porvenir.

JOSÉ DOMINGUEZ IZQUIERDO.

(Se continuará.)

Á LA ANTIGUA HELENES.

I.

Al cielo plugo que la luz primera
tu sol me diese, idolatrada Helenes,
que mi niñez con rápida carrera
hallase en tí sus inocentes bienes:
en tus campos, y calles, y ribera
todo el secreto de mi vida tienes:
tuya es la vida que agitarse miro,
tuyos el aire y cielo en que respiro.

II.

Vengan pues á mi alma inspiradores,
con el albor que diste á mi existencia,
los que inspiraste célicos amores
por la que adoro, virgen de inocencia;
de mi ambicion los sueños tentadores,
de la fé que atesoró la creencia...
que á pagarte la deuda de estos lazos
no bastan de mi vida los pedazos.

III.

Tu céfiro á mi lira llegue blando
y el rumor melancólico del río,
que entre juncias y tréboles saltando,
llegar recela al piélagó bravío,
las aves que en sus márgenes trinando
la fronda hechizan con su dulce pio,
huésped de mayo, ruiseñor sonoro
los ecos á mi lira dad que adoro.

IV.

Los que dormís de vuestra gloria el sueño
hijos de *Lerez*, inclitos varones,
que atónito vió el mundo vuestro empeño
de alto valor magníficas acciones;
no me mireis con desdenoso ceño
si penetra mi voz en las mansiones
de muerte que habitais; con vuestra gloria
el vacío llenad de mi memoria.

V.

Oigan mi voz los hijos de tu suelo
que de la patria por amor palpitan,
ó en exícial y errante desconsuelo
lejos de la natal ciudad habitan;
oigan mi voz aquellos que tu cielo
riente y puro con placer visitan,
é imágen bella de un edén perdido
salud les das, y goce á su sentido.

VI.

Oigan mi voz los que de tí lejanos
tus campos feracísimos no vieron;
Pomona y Cérés, en frescor hermanos
á los que el Júcar baña los hicieron;
sus rocíos prestánronles lozanos,
con un divagas mieses los vistieron...
si á Pontevedra vais, tornad propicia
la vista á los jardines de Galicia.

VII.

Si á Pontevedra vais, ved cuan serenos
el mar y el *Lerez* en amante brazo

á unirse corren de murmullos llenos
y el puente estrecha de su amor el lazo:
de allí mezclando líquidos sus senos
caminan entre flores breve plazo,
y al despedirse el río, desatadas
sus ondas van gimiendo entre cascadas.

VIII.

Si á Pontevedra vais, de sus colinas
ved la concha de fértiles laderas,
engastando cual joyas diamantinas
en anillos de flores sus riberas;
mientras al puente elevanse vecinas
de pétreo encage cúpulas ligeras:
festonando las urnas de sus ríos
blancos van los rurales caseríos.

IX.

Si á Pontevedra vais, ved su alameda
de encinas seculares y de acacias,
si al vespertino rayo en la arboleda
las horas del estío dan rehacias;
si vais, ó el corazón esclavo queda
de las ninfas del *Lerez* y sus gracias,
ó veis entre arreboles surgir léjos
Tambo y Marin del mar en los espejos.

X.

Occidental hurí; flor de Galicia!
¿quién verte alcanzará que no te adore?
¿dónde el céfiro hallar que te acaricia
y un sol que montes de cristal colore?
¿qué con su peso abrume la injusticia
quién viéndote, de tí no se enamore!
Torna amarillo su laurel la gloria
al hijo que se olvide de tu historia!

LUIS RODRIGUEZ SEOANE.

1861.

GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

(Continuacion.)

VI.

Un ateneo ambulante.

Si es una materia ígnea, siempre en combustion, ¿cómo no se extingue, cómo no se observa el ménor decremento?... ¿se reproducen acaso los gérmenes de su ignicion?... Os hablaré ante todo de las hipótesis sobre el origen de esa luz. Dos son las principales: la de la *emision*, ó de Newton; y la de las *ondulaciones*, que acogieron con entusiasmo Descartes, Grimaldi, Huyghens, Young, Fresnel y algun otro.—La primera supone que los cuerpos luminosos emiten en todas direcciones, ténues é imponderables moléculas en línea recta y con una velocidad infinita, y que al actuar sobre la retina del ojo, determinan la sensacion de la vision. Esta hipótesis, aplicada á la luz del sol, es muy incompleta, puesto que no menciona para nada el calor,

y sin embargo sus rayos poseen propiedades, no sólo iluminantes, sino también caloríficas y químicas.—La segunda hipótesis sienta que las moléculas de los cuerpos luminosos están animadas de un movimiento vibratorio transversal, infinitamente rápido, que agitan un fluido elástico muy sutil, llamado éter, difundido por todo el universo. Esta conmovición, séame permitido decirlo así, propágase en todos sentidos por ondas esféricas luminosas, á semejanza de las ondas sonoras que transmiten el sonido, si se prescinde de la situación del plano vibratorio. Aunque esta hipótesis tiene sobre la primera la ventaja de explicar algunos fenómenos, para lo cual es aquella deficiente, y le dé algún peso el criterio de autoridad, dista mucho de llevar el convencimiento al ánimo. Si los procedimientos de la ciencia propiamente dicha, pudiesen aplicarse á la resolución de esta cuestión planteada en problema, mi opinión es que se acabaría por reconocer que los astros luminosos, ó de un modo más preciso y general, los cuerpos lumínicos son de una constitución especial, de naturaleza ignea, es decir, de una materia que goza de propiedades lumínicas y caloríferas, á la manera que el aire, el agua, los metales y los diferentes cuerpos de la naturaleza, gozan todos de propiedades características que los particularizan. Así como no se agotan jamás los elementos que entran en la composición de cuerpos, tales como el aire y el agua, á causa de renovarse constantemente sus principios, ¿qué se opone á admitir que existan en los cuerpos lumínicos elementos capaces de alimentar perennemente en ellos las propiedades esenciales?

—Nada, ciertamente, respondí creyendo ver disipadas algunas dudas que me inspiraban las dos primeras hipótesis.

—Por lo ménos, interpuso Guda, esa última opinión es muy razonable, la única tal vez que explica satisfactoriamente por qué no disminuyen de volumen ni de luz esos cuerpos que, aunque enormes, no es ménos enorme el número de moléculas de que se despojarían para invadir tan inmensa extensión durante siglos y siglos.

Siguió á estas palabras un profundo silencio, consagrado por mi parte á poner en orden la serie de ideas que había inculcado en mi mente el largo discurso del génio.

VII.

Inesperado espectáculo.

La monotonía de una vida que se deslizaba sin emociones nuevas, por un espacio débilmente iluminado siempre, empezaba á aburrirnos, no bastando á desterrar el hastío, ni nuestras conversacio-

nes diarias, ni las frecuentes lecciones del génio, porque faltaba la novedad de las sensaciones y de los sentimientos. Así pasamos algunos días y aún me atrevería á decir semanas, sin poderlo asegurar, pues marchábamos por una extensión ilimitada en que á la luz no sucedían nunca las tinieblas, y el cronómetro había desaparecido cubierto por una banda de seda. Verdad es que algún tiempo después volvió á descubrirse, pero me era ya imposible establecer la solución de continuidad y por otra parte no me importaba gran cosa. Que nos acercábamos al término era evidente, pues Saturno, el más hermoso, aunque no el mayor de los planetas, se me mostraba á la sazón, de una magnitud considerable, ostentando sus ocho satélites y su anillo en torno, cual orgulloso monarca rodeado de oropelado séquito; en tanto que la Tierra y la Luna quedaban como perdidas en la distancia, no presentándose mayor que una bola de billar la primera y semejante á una perla la segunda.—Hasta entónces ninguna circunstancia ni fenómeno alarmante había venido á turbar la tranquilidad á que se había habituado nuestro ánimo, pero llegó un momento, tras algunas horas consagradas al reposo, en que nos hallamos terriblemente sobrecogidos. A través de nuestros párpados, caídos por el cansancio, penetró tan insólito reflejo de encendida tinta, que Guda y yo, como si nos moviésemos á impulso de un resorte, nos pusimos de un salto en pié, y mi amada, lanzando un agudo grito, reclinó su cabeza sobre mí, llevando convulsivamente su mano á los ojos, á fin de cubrir tan imponente escena.

Un vasto núcleo de luz, seguido de un dilatado rastro de fuego, rasgaba el espacio con deslumbradora rapidez á corta distancia de nuestro vehículo, presentando un siniestro espectáculo. Fijé en él mi mirada con una especie de terror, sosteniendo con mi diestra á Guda, cuyo pecho latía con violencia contra mi brazo, y, comprendiendo mi deber de sobreponerme á la crítica situación,

—Vamos, vamos, querida mía, exclamé bañando mis lábios de una sonrisa arrancada á la turbación; si os habréis imaginado que es llegada nuestra última hora?

—¡Oh! sollozó Guda, sin separar sus manos: todo ha concluido para nosotros.

—¡Bah! un espectáculo más.

—Estamos perdidos.

—Estais en un error, querida mía; tranquilizaos.

—No me engañéis, por Dios.

—Sería engañarme á mi mismo: no es otra cosa que un astro.

—¡Un astro! es demasiado aterrador para tomarle por tal.

—Os aseguro, Guda de mi alma, que no es otra

cosa que un cometa, y por cierto que se aleja; de manera que el vuestro, es ya un miedo pueril.

Guda separó un poco sus manos de la vista, pero todavía la claridad era extraordinaria y rehusó erguir su cabeza.

—Ha pasado el peligro, Guda, añadí, y os lo afirmo bajo mi palabra.

—Si, interpuso el genio, nada hay que temer ya. Hubo peligro en los primeros momentos y por eso he tenido que recurrir á los medios convenientes para eludirlo, creyendo como es na ural, que ántes de atender á vuestra tranquilidad estaba el deber de proveer á vuestra seguridad personal. Al efecto puse en movimiento nuevos y más poderosos discos cargados de fluido eléctrico, con cuyo auxilio se puede impulsar el vehículo en una direccion dada, ni más ni ménos que lo que sucede con el timon de una nave.

Guda levantó entónces su cabeza y dirigiendo una mirada de gratitud al genio, la fijó luégo en el cometa, llena de una expresion indefinible.

—Se aleja, en efecto, murmuró ¡Qué inesperado espectáculo!

Seguia en tanto el cometa desviándose, pareciendo anunciar el incendio del universo, pues su enorme cola, que no otra cosa era aquel espantoso rastro de fuego, media una extension de muchos millares de leguas, hiriendo la imaginacion con la idea de un oceano de fuego devastador.

Le contemplamos en silencio por algunos minutos y como Guda mostrase curiosidad de oír la descripcion de estos cuerpos, el genio condescendió hablando en estos términos:

—Habréis echado de ver que la constitucion física de los cometas se compone, por decirlo así, de tres partes: el cuerpo ó núcleo, su atmósfera, cabellera ó vapor luminoso de que va rodeado y la cola ó rastro de fuego que parece seguirle, si bien á veces le precede con el nombre de barba. El núcleo se inflama, lo mismo que su atmósfera, especie de reflejo del incendio, al pasar el astro por la inmediacion del sol; y, á causa de su extraordinaria rapidez, deja ese rastro luminoso, por lo general tras sí, alcanzando en algunos la casi increíble extension de 170 y aún 200 millones de Kilómetros, distancia mayor que la que separa á la Tierra del sol. Probablemente, varia mucho la constitucion física de los cometas, de los cuales no pocos tienen un volumen más considerable que los más grandes planetas, y aunque en apariencia se presentan como masas de vapores luminosos en cuyo fondo brilla una estrella ó punto, que es el verdadero cuerpo, y efecto de la luz, de la inflamacion ó ignicion y el movimiento todo lo demas, lo verosímil es que no difieran en principio de la masa de los planetas.

Apoya esta conclusion la circunstancia de que algunos no presentan cola, miéntras que otros ofrecen seis y aún más, cuya forma difiere bastante, habiéndose observado alguna como un enorme abanico de fuego. En 1744 se distinguió desde la Tierra un bello cometa con seis colas; y ese mismo que tanto os ha sobrecogido empieza á ostentar tres: mirad.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

LOS AIRES DE MI TIERRA (1).

Dias de sol deliciosos,
noches de luna serenas,
auroras del seco estio,
tardes de la primavera,
traed hasta mi esos aires
que encantan con dulces quejas
los arbolillos del soto,
las fuentes de la ribera,
los picos de las montañas,
las chozas de las aldeas;
*los airecillos gallegos,
airecillos de mi tierra.*

Yo no sé, no sé que tengo,
muero solo y de tristeza,
sin hallar quien me consuele
ni quien conmigo padzca;
voy caminando á la tumba
sin llorar, pues miro en ella
la plácida sombra amiga,
de mis males compañera.
Con el corazon herido,
con mi infeliz alma enferma,
como flor que se deshoja,
cual música que se aleja,
como una luz que se apaga,
muriendo voy de tristeza.
Si algo mi vida sostiene,
si alguna cosa me alienta,
*son los aires de Galicia,
los aires son de mi tierra.*

Hijos de esta noble pátria,
gallegos que allá, en América,
noche y dia tristemente
suspirando estais por verla;
los que en ella teneis fijas
ilusiones lisonjeras,
las más queridas memorias,
las esperanzas mas ledas,
volved pronto, y en montañas
respirareis y en aldeas
estos airecillos puros
que nuestra frente refrescan
ecos tomando en los rios,
perfumes en las praderas;
*estos aires de Galicia,
estos aires de mi tierra.*

No puedo yo vivir mucho,
acábame la tristeza;

(1) Poesia traducida del gallego al castellano por D. Ventura Ruiz y Aguilera.

cuando en la tumba descansa,
cuando no tenga quien vierta
por mi una sentida lágrima,
ni flores echen sobre ella;
cuando nadie me recuerde,
cuando mi nombre se pierda,
á Dios le pido que besen
mi dura losa de piedra
esos leves airecillos
que encantan con dulces quejas
los arbolillos del soto,
las fuentes de la ribera,
los picos de las montañas,
las chozas de las aldeas;
*los airecillos gallegos,
airecillos de mi tierra.*

VALENTIN LAMAS CARVAJAL.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON JOSE ALONSO LOPEZ.

I.

(CONCLUSION.)

Y el 6.º

«Consideraciones generales sobre los efectos del arte de la guerra y razon de sus progresos desde la antigüedad.—Noticias de las batallas terrestres y navales más principales de la España, desde sus tiempos antiguos hasta el presente.—Sucesos de los empeños guerreros de los ingleses para invadir el Ferrol, en los siglos XVI y XVIII.—Sucesos de la invasion del Ferrol por los ingleses en el año de 1800.—Consideraciones generales sobre el estado del gobierno español y de la Europa, ántes de la invasion de España y de Galicia por los franceses en el año de 1808.—Sucesos guerreros de los moradores de Galicia, durante su opresion por los franceses.—Sucesos políticos y militares del Ferrol, ántes de su invasion por los franceses.—Sucesos políticos del Ferrol durante su opresion por los franceses.—Continuacion de los sucesos políticos del Ferrol, desde la retirada de los franceses hasta estos tiempos presentes.»

II.

El estilo general de la obra es correcto y sumamente sintético; arrancando en pocas palabras grandes verdades á la ciencia. Como una prueba, copiaremos un párrafo, tomado al azar (1):

«Toda la materia que compone el universo—dice, refiriéndose á los efectos de la atmósfera—está en movimiento: y sus partes ya grandes y ya pequeñas están por lo mismo en un curso sucesivo de variadas posiciones, de alteradas formas y de combinadas propiedades, ocultando y presentando sucesiva ó alternadamente esta ó la otra para causar este ó el otro efecto. Prescindiendo de lo que pueda suceder en los cuerpos que forman nuestro sistema solar considerado solamente en sí mismo, muchos su-

cesos pueden igualmente verificarse considerado este sistema en combinacion y referencia con los sistemas siderales, hácia cuyos astros que los componen tiene nuestro sistema movimientos bien decididos.»

Hé aquí la teoria del movimiento gráficamente expresada.

Y en seguida consigua esta inmensa verdad:

«El tiempo es el gran teatro en que se presentan todos los sucesos, y es por lo mismo el tiempo el que decide entre lo presumido y lo realizado.»

III.

Segun nuestro criterio, desde que Ferrol es Ferrol no ha producido un talento más claro, una instrucción mas profunda y una inteligencia, en fin, mas elevada,—como se evidencia luminosamente en su obra. Y sin embargo no hay una sola calle del Ferrol que lleve su nombre, rindiendo así la posteridad una ofrenda grata en el altar en su memoria.

IV.

El Sr. Alonso Lopez ha muerto en 1824, año en que nosotros nacimos,—y si creyésemos en la transmigracion de las almas, si fuera posible que nosotros en nuestro primer suspiro hubiéramos recogido el último suyo, nosotros los que llevamos á cabo la erección del monumento Historia de Galicia ántes que nadie en el mundo, nosotros confesamos sinceramente que nos consideramos muy poca cosa para haber substituido espíritu á espíritu, ilustracion á ilustracion: nos consideramos como la sombra de tanta luz.—Tal es la admiracion que nos inspiran las cualidades, la ilustracion, el genio del Sr. D. José Alonso Lopez.

V.

Como el Sr. Alonso Lopez era un talento superior á su época, y participaba en alto grado de las ideas liberales, aprovechando toda ocasion, ya como diputado á córtes, ya como publicista, para señalar al elemento clerical como una víbora en las entrañas, como el enemigo eterno de la sociedad por su afan de explotarla en todo y por todo,—apenas falleció nuestro ilustrado ferrolano no perdonó la clericalla sus cenizas, y corrió la voz por el Ferrol que *hasta purgar sus pecados por haber sido liberal y despreocupado*, su alma *venia del otro mundo* todas las noches y vagaba en forma de fantasma por los alrededores de su casa, situada cerca del crucero de Canido. En efecto, se notaba que todas las noches vagaba por aquel paraje una forma misteriosa sumamente elevada, con una luz en la cabeza, una campanilla en la mano y lanzando ayes quejumbrosos. Diéronle una carga al gefe de la ronda de capa en la plateria de Vazquez porque toleraba tales patrañas; y la carga fué tan eficaz que amostazado el gefe de ronda apostó una noche á los polizontes, acordonandolos cerca del Crucero. El fantasma asomó con su luz, su campanilla, sus ayes y sus zancos—pues iba sobre zancos,—y entónces los polizontes tiráronle sendos garrotazos á las piernas y cayó en el callejon de Piñeiros.

(1) Tomo II, pág. 69.

Era un ayudante de plaza—que sugestionado por el clero—hacia aquellos primores;—era uno de los sargentos de marina que vendieran á Porlier en Ordenes ó Sigueiro, ascendido á ayudante de plaza por esa heroicidad;—era en fin un oscurantista furibundo, enemigo de los hombres de verdadera sabiduría, y de los liberales sobre todo.

B. VICETTO.

(Hist. de Galicia, Tomo 7.º, pág. 508.)

VIAGE AL PLANETA VENUS.

(RECUERDOS DE GLORIA.)

Á AMELIA S... '27 DE SETIEMBRE DE 1865.

I.

Al deslumbrante rayo de tus ojos
exánime de amor caí á tus piés...
me tendiste los brazos cariñosa,
y en tus brazos la vida recobré.

En alas de los mágicos suspiros
que exalaba tu pecho de ansiedad,
me trasportabas de la Tierra léjos
bañándome de gloria celestial.

A cada beso de tus frescos labios,
á cada abrazo que te daba yo;
más y más remontábamnos los aires
con la fuerza expansiva del amor.

Tu bebías mi aliento, yo tu aliento;
y abrazados volábamnos así,
huyendo de la farsa de la Tierra
á buscar otro mundo mas feliz.

La atmósfera salvamos,—y del éter
en sus ondas de nácar y cristal,
algo tú presentiste pues tu boca
temblando murmuró: *no más... no más!*

Al ardor de recíprocos suspiros,
rasgábamnos amantes el zafir,
¡qué fuerza misteriosa nos unía,
mirándonos yo en tí como tú en mí!

Formábamnos los dos un sólo cuerpo,
al estrecharnos con ardiente afán;
nuestras almas un alma delirante,
sintiéndose embriagadas á la par.

Era tan puro nuestro amor, que en otro
no pudiera fundirse nuestro sér:
escepto en el de Dios, porque en él *sumus,*
vivimos, et movemur donde quier!

Pero al entrar en el planeta Venus,
fragantes flores de encendido amor,
yo me desvanecí, rosa, en tu cáliz:
¡muriendo de placer allí los dos!

II.

Después... *resucitamos* en la Tierra,
y creímos que todo sueño fué:
Amelia, de emprender algun viage,
¿quieres volar á Venus otra vez?

BENITO VICETTO.

Barcelona, 1865.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

LA CRUZ DE PADORNELO.

I.

LA GUDIÑA.

Aquella noche pernoctamos en la Gudiña.

La Gudiña es un pueblecito constituido por una calle bastante larga, pero sin edificio alguno notable. Como era en invierno, la calle era un río de lodo y de brañas, y un humo muy espeso salía por las puertas y las ventanas de las casas formando una atmósfera densa y enojosa.

He reparado que nuestros pueblos rurales, tienen distintas apreciaciones en la estación del invierno y del verano.

En invierno todo es triste, pobre y cruel; el piso de las calles, cieno y tojo; la atmósfera, humo; el cielo, una cerrazon continua de nieblas ó de lluvias.

En verano, por el contrario; las calles, piedras pizarrosas ó tierra firme; la atmósfera, despejada, limpia, é impregnada de los mil y un perfumes de las florestas y enramadas que se elevan en torno de las casas; el cielo, azul, purísimo y brillante, y aves de mil colores cruzan y vuelan en torno, trinando amorosamente entre los álamos blancos.

En invierno el viajero pasa por ellos como por una tierra nefanda; en verano, por el contrario, formando sueños de felicidad con su Adriana al pié de aquellas arboledas, de aquellos saltos de agua, de aquellas casas que coronan frondosos castaños y nogales, y que tienen á la espalda un manto riquísimo de verdes praderías.

Por eso es tan apetecible en verano la vida del campo en nuestras montañas.

Sin embargo de todo, á mi me admiraba la fundacion de aquellos pueblos en medio de eminencias tan innacesibles. A medida que se sale del riquísimo, pintoresco y delicioso valle de Menterrey, á medida que va uno escalonando las elevadas, pedregosas y revueltas montañas que limitan el horizonte de aquella gran cuenca de frutos y de flores, lo que ménos uno se figura es encontrar villas y caminos en los agrestes obeliscos á donde llega fatigado.

La Gudiña sorprende más por esto al verla sentada en la pelada cima de las montañas de las Frietas, teniendo á la izquierda la Sierra Seca con su oleage de nevadas y piramidales moles, y á su frente la Sierra Segundera, con su esclavonamiento Norte Sur de gigantescas eminencias que mueren en Peña Trevinca, la montaña más colosal de Galicia, su Monseny, su Montblanc.

Cuando investiga uno el origen de estos pueblos, se sorprende más y más,—á mediados del siglo XVI, una buena muger entrada en años formó una mala choza allí y se estableció en ella con un poco de vino para vender á los gallegos que pasaban á segar á Castilla, poco á poco agrandó su choza y formó una posada, y como ella se daba tan buena traza para el despacho de su vino y de sus comestibles, empezó á conocerse su venta por la venta de *la Agudiña* que en el dialecto provincial quiere decir *muger aguda*. A la muerte de aquella anciana se establecieron más ventas contiguas á la suya, luego empezó la labranza á tomar parte, luego se fundó una capilla, y hé aquí un pueblo con el nombre de *La Gudiña*, y cuyas casas de piedra suelen tener dos ó tres pisos y aun hay algunas muy blanqueadas, con balcon de hierro y vidrieras verdes que bien pudieran figurar dignamente en nuestras ciudades de la costa.

II.

LAS PORTILLAS.

Cuando salimos al siguiente día de la Gudiña para las Portillas, la cerrazon era tan densa, que apenas distinguía á mi muchacho.

Bien pronto uno de esos aguaceros tan frecuentes en invierno en nuestras montañas, empezó á callarnos hasta los huesos; era, en fin, uno de esos aguaceros tan propios de nuestro país, que para ellos no hay gorra de *gutta-percha* que valga, ni gaban de goma, ni chanclos, ni cuantas invenciones *impermeables* anuncian los periódicos.

Como no teníamos á donde guarecernos, continuamos nuestra ruta á paso de buey, enterrándose mi caballo hasta la cintura y saliendo de cada bache cuando y como el animal quería.

Mi muchacho se habia salido del camino é iba por *el alto de la corredoira*, con su capa de bayon ó juncos, que le resguardaba bastante de la lluvia.

Una cosa llevabamos á nuestro favor, que así como desde la salida de Monterrey hasta la Gudiña todo fué subir, desde la Gudiña hasta la primera portilla de la Canda todo era bajar.

Gran lástima me daría una persona querida que viajase por nuestras montañas en invierno. Más vale desahudarse y echarse á un río, mojándose de una vez por igual, que no ir aguantando aquellos gran-

des chubascos que os ensopan más medio cuerpo que otro, segun el viento que reina, aquellos chubascos de nieve derretida que no os dejan ver, ni mover un pié ni una mano.

BENITO VIGETTO.

Se continuará).

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

XV.

Un punto negro en el horizonte.

Clara oyó no sin gran emocion, cuanto le refirió sobre la existencia del hijo de Sira,—prometiéndome el mayor secreto respecto á aquel drama. Su impaciencia por ver y besar la criatura, aumentó su sobrescitacion, y tuve que hacer grandes esfuerzos para calmarla. Tan pronto lloraba de ansiedad y de reconocimiento, como sonreía cual la encarnacion de la esperanza,—y sin soltar mis manos, las besaba y estrechaba contra su pecho con esa dulce sencillez, con esa injenuidad elocuentísima de que no hay ejemplos en la vida del gran mundo.

Toda aquella naturalidad, todo aquel sentimiento vivisimo, espontánea y cariñosamente manifestado por la bella aureana, establecía nuevas y misteriosas corrientes de afinidad espiritual entre nuestras almas, predisponiéndolas á fundirlas en una:—por de pronto, ya entre los dos habia un secreto de suma intimidad y trascendencia.

—El niño—le dije—vendrá á vivir aquí con su ama Eufemia de Meiral, y así verá V. en él continuamente á Sira.

—Oh! sí!—prorrumpia ella—desde que lo vea, no me separaré de él nunca, sino para ir al río. Será mi hijo... y si me caso, prometo á Dios solemnemente no distinguirlo jamás de los hijos que me conceda.

Y elevaba las manos al espacio con fervorosa expresion de amor.

Si se casaba!... decia si se casaba!... ¿Y por qué estas palabras me helaron de terror en aquellos momentos?—Si se casaba! ¿Y por qué no habia de casarse? ¿Qué cosa mas natural que ella se casara? ¿Por qué no habia de amar y *ser de otro hombre*? ¿Habia algo en esto de extraordinario? Nada.—Y si no lo habia ¿por qué me aterraba esa sóla idea, la idea de que aquella belleza fuera de otro, y no mia, sólo mia, mia, á pesar de todo y por todo?

Decididamente yo estaba enamorado de Clara, como no lo habia estado de muger alguna. Sentia por ella verdadero amor, no ese amor concupiscente que nos hace amar á una muger solo por disfrutar de sus encantos, y luego arrojarla á un lado con desdén como el niño que se hastía de un juguete.

No; no amaba yo á Clara como habia amado hasta alli á todas las mugeres, esto es, como á las naranjas, que una vez probado ó apurado el zumo, las miraba con el mayor desprecio. La amaba de distinta manera; la amaba sin el menor deseo de besarla ni estrecharla contra mi corazon; la amaba porque me seducia la palidez de su belleza; el juego ya lánguido, ya animado de sus ojos, pero natural; el metal de su voz; sus actitudes; y lo que es más aún, yo creo que no la amaba sólo por esto, que en rigor no supondria otra cosa más que un amor materialista ó artístico, si asi puedo expresarme, sinó que, ni aún viéndola, ni aún teniéndola delante de mi, la tenia ó la sentia en mi enervacion, en los senos del alma, pero de una manera indefinible.

La idea, pues, de que aquella pobre flor de nuestras montañas del Sil, pudiera ser legítimamente de otro y no mia, idea que ella iniciaba con su injenuidad característica, me trastornaba completamente.

—Yo toda mi vida—prosiguió Clara;—toda mi vida estaré reconocida á cuanto V. acaba de hacer en mi favor... y una vez que el hijo de Sira va á ser para el caso mio, apresuraré con eso mi casamiento, puesto que Rosendo está pendiente de que le diga si ó no.

—Rosendo!!—exclamé temblando.

—Si, señor; Rosendo el cazador de Celavente, el mejor cazador del Bibey. ¿No lo conoce V. siendo V. médico de Viana?

—No;—tartamudeé.

—Pues es milagro, porque pocos tienen mejor fama como cazador...

—¿Y es jóven?

—Veintidos años.

—Y será gallardo ¿no es verdad, Clara?

—Dicen que es el más gallardo de estas tierras, pero yo no hago nunca comparaciones. Consulto á mi corazon y nada más.

—Y su corazon de V. ¿qué le dice, Clara?

—Ni me dice bien, ni me dice mal; pero en caso de tener marido, ya que dicen que hemos nacido para eso, aceptaría á Rosendo ántes que á otro.

—¿Y Rosendo tiene buenas costumbres, Clara? Quiero decir, si es buen hijo.

—Es huérfano como yo.

—Pero, espendenciero ó amigo de la taberna...?

—Nadie dice nada de él en ese sentido.

Incliné la cabeza sobre el pecho, y permanecí mudo algunos instantes.

—Parece que se quedó V. triste,—me dijo Clara con inocencia.

—Si; le contesté.

—¿Porqué, señor?

—Clara—le dije—si se lo digera á V, tal vez no me miraría con la dulzura con que me mira, ni sus manos de V. volverían á estrechar las mias.

Clara pareció meditar.

—No alcanzo la razon;—dijo tristemente—y lo siento. ¿Porqué no me lo dice V?

—Primero moriria, Clara.

—Pero entendámonos—dijo con resolucion,—V. se quedó triste porque le hablé de mi casamiento con Rosendo, y esto no sé que tiene que ver con V, siendo V. un médico!

—Es decir que los médicos, por serlo, no podremos amar?

Clara se estremeció á su vez, y retiró sus manos de entre las mias.

—Ah!!—exclamó abatida.

Y despues, como si se repusiera instantáneamente de esta emocion, dijo con los ojos bajos:

—Pero... eso no puede ser... yo soy una pobre, y V. un señor.

—Clara—le dije levantándome para irme,—si sólo en eso consistiera que V. fuése ó no *muger mia*, desde ahora lo seria V.

—Qué..! aun hay más..?—preguntó Clara levantándose.

Yo callé turbado.

—No me quiere V. contestar, señor?—preguntó ella lentamente.

—Clara—le dije cogiéndole las manos,—perdóneme V, pero hasta aqui la estuve engañando, no con mal fin, sinó porque me condolieron las desgracias de Sira, miserablemente abandonada por su asesino Vilar de Mondelo, y si le decia á V. la verdad respecto á quien era yo, desconfiaría de mi. Quiero, pues, decirselo á V. todo, ya que nos vamos á ver quizá por última vez. Yo no soy el médico de Viana del Bollo. Yo soy el vizconde de Fontey. Un hombre casado, Clara ¿lo oye V?

Clara retiró sus manos vivamente de entre las mias. Tembló una lágrima en sus párpados, suspiró dolorosamente y abatió la cabeza sobre un hombro.

En aquel momento preciso, el sol traspuso la cordillera de Grazan, de modo que el busto de Clara ya no se modelaba embuelto entre sus ondas de rosa, sinó oscuro, casi indeterminado en las primeras sombras del crepúsculo.

—Clara, adios;—le dije—tal vez no nos veremos más; sea V. feliz con Rosendo, ya que no lo puede ser conmigo; pero le suplico á V. un favor por la memoria sagrada de Sira; que nadie, nadie sepa, al ménos por su boca de V, cuanto acaba de pasar entre los dos, y que es V. la única muger que quiero en el mundo y que querré mientras viva. Adios!

Y traspuse la puerta como un loco, tomando el camino de la puente Cigarrosa.

Allá, léjos al doblar un repecho, volví la cabeza para mirar por última vez la choza de la aureana—y Clara estaba á la puerta mirándome en una actitud tristísima, medio velada por las ráfagas de la noche que descendian sobre el valle.

Aquello aun desgarró mi corazon más que nada—¡Desdichados de los dos, si me amas á pesar de lo que te acabo de decir!—exclamé azorado y apartando la vista de la desdichada jóven.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)